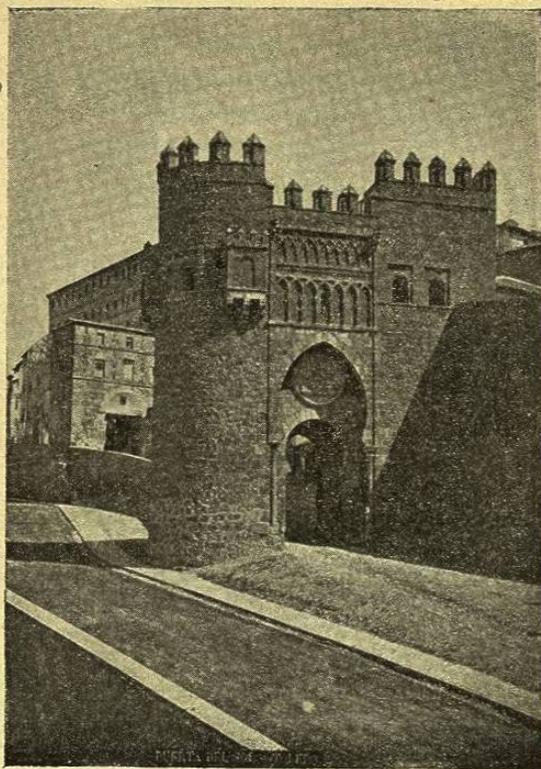


duro martirio acepte
 de indómitos salvajes;
 mientras vierta el soldado
 tesoros de su sangre
 y pródigo con ella
 culpas ajenas lave;
 mientras santas mujeres
 reciban, sin quejarse,
 la muerte, respirando
 ambiente de hospitales;
 mientras valientes lirás,
 con himnos resonantes,
 las Artes solemnicen,
 la Fe y la Patria ensalcen;
 habrá quien sobre el torpe
 materialismo se alce
 y hasta seguro puerto
 pueda llevar la nave.
 En tanto, vuestras glorias,
 matronas venerables,
 yo cantaré, esperando
 que la borrasca pase.



Los Niños Hermosos.

I

Entre el dédalo confuso
 de misteriosas callejas
 que por la imperial Toledo
 suben, bajan y serpean,

una existe, flanqueada
 por casas pobres y viejas,
 que de los Niños Hermosos
 el extraño nombre lleva.
 Lo debió, en remotos días,
 á una curiosa leyenda
 en que de un infame prócer
 hizo rodar la cabeza
 un Rey que de su justicia
 dió en ello acabada muestra.
 De tan peregrina historia
 el narrador nada inventa;
 la copia de un viejo libro
 que, en enrevesadas letras,
 refiere el caso, y os juro
 que según apunta fechas
 y nombres, tiene la historia
 carácter de verdadera.

II

El siglo trece mediaba
 y por el Rey en Toledo
 un Alguacil gobernaba
 á quien el pueblo miraba
 con justificado miedo.
 Hombre á la guerra avezado,
 lascivo, duro y cruel,
 de la codicia picado;

sin duda tomó el pecado
 humanas formas en él.
 Diz que, casada ó doncella,
 mujer á quien llegó á hablar
 si nació, por su mal, bella,
 no cejaba hasta saciar
 sus apetitos en ella.
 Y si algún padre ó marido
 á la defensa salía,
 callábase por sabido,
 que á mano airada moría
 ó era á prisión reducido.
 Y el noble y el menestral
 que el atropello brutal
 en su vecino miraban,
 llenos de temor, guardaban
 sus hijas y su caudal.
 De tan graves desafueros
 iban, hasta el Rey Fernando,
 por cartas y mensajeros,
 amargas quejas llegando
 de nobles y de pecheros.
 Y espantado el Soberano
 de los hechos inauditos
 del Alguacil toledano,
 se dispuso, por su mano,
 á castigar sus delitos.

III

El Alguacil, entretanto,
de honras y de sangre ebrio,
sin saciarse, acumulaba
sobre un crimen otro nuevo,
de Dios y del Santo Rey
las leyes dando al desprecio.
Salió un domingo cercado
de esbirros y recorriendo
las calles pasó por una
donde, en infantiles juegos
entretenidos y alegres,
halló dos niños pequeños.
Blancos eran cual las flores
del azahar entreabierto,
de sonrosadas mejillas
y azules ojos de cielo
que dulces se dilataban
en irisados reflejos.
Iguales eran sus trajes,
y tan semejantes ellos,
que uno se copiaba en otro
como en transparente espejo.
Detúvose el Alguacil
mirándolos algún tiempo,
y una vieja que pasaba

le dijo: —Son los gemelos
del mercader de la esquina.
—Nunca vi rostros tan bellos,
repuso aquél, y la vieja,
—son el retrato perfecto
de su madre, dijo, y son,
también, el fruto primero
del matrimonio. —Marchaos,
dijo el Alguacil, y luego
añadió á su gente: —Aquí
os quedaréis en acecho,
y cuando no pase nadie
agarrad esos chicuelos,
al Alcázar conducidlos
y á buen recaudo ponedlos.

IV

Los esbirros, avezados
á crímenes parecidos,
llevaron sin ser sentidos
los dos niños secuestrados.
Y cuando el sol declinaba
la pobre madre, Leonor,
con lágrimas de dolor
por sus hijos preguntaba.
Nadie de los niños bellos
razón alguna sabía,

y la madre se sentía
 morir de pena por ellos.
 Fué inútil todo cuidado
 por hallarles, que seguros
 los guardó, tras fuertes muros,
 el Alguacil desalmado.
 Huyeron las alegrías
 de aquel venturoso hogar
 y entre gemir y llorar
 iban pasando los días.
 Ya declinaba el tercero
 cuando, á la madre angustiada,
 le fué una esquila entregada
 por extraño mensajero.
 Leyóla, y un ronco grito
 de su pecho se escapó
 cuando el contenido vió
 de aquel anónimo escrito.
 Decía: «Si queréis ver
 á vuestros hijos, Leonor,
 sólo el Alguacil mayor
 os los puede devolver.
 Sola al Alcázar iréis;
 que en este grave secreto
 con cualquier paso indiscreto
 su vida comprometéis.»
 Quedó con los ojos fijos
 en aquel papel Leonor,
 que iba á pedirle su honor
 en rescate de sus hijos.
 Y del dilema espantada
 se sintió desfallecer,

que aquella infeliz mujer
 era madre y era honrada.
 Ante una imagen bendita
 de la Virgen se postró
 y ferviente le pidió
 remedio para su cuita;
 que todo pecho cristiano
 busca, por recto camino,
 protección en lo divino
 si no la encuentra en lo humano.
 Su fe le daba consuelo
 en situación tan cruel,
 cuando un segundo papel
 hizo más grave su duelo.
 «Tres días, leyó, han pasado
 sin ir donde se os espera;
 habéis, cual hirsuta fiera,
 vuestros hijos olvidado;
 un último plazo os dan;
 cuando marque la campana
 la media noche mañana,
 al Tajo los echarán.»

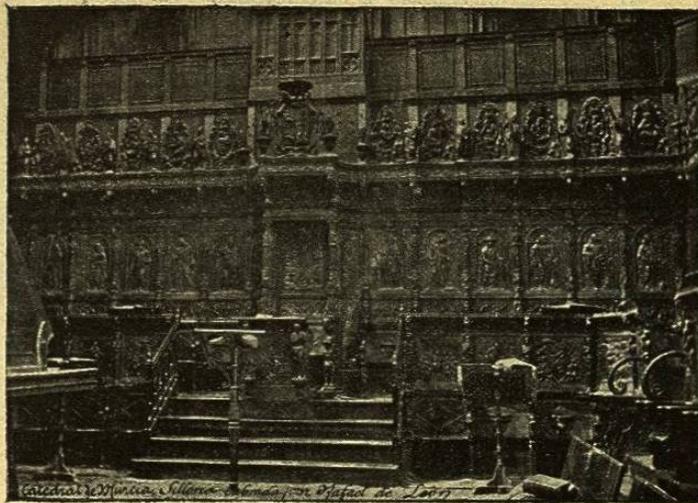
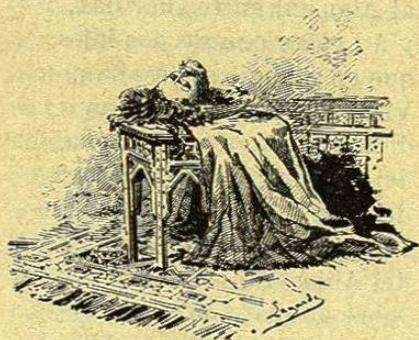
V

Sin dar crédito á sus ojos,
 Leonor, en llanto anegada,
 leyó repetidas veces
 aquella terrible carta.

El amor de madre en ella
 rompió violento sus vallas
 y á salvar la vida á aquellos
 pedazos de sus entrañas
 se dispuso, y como loca,
 á la siguiente mañana,
 cuando se ausentó el marido,
 salió sola de su casa
 dispuesta á inmolar su honra,
 y cuando libres llevara
 al padre sus tiernos hijos,
 hundir del Tajo en las aguas
 su cuerpo, para lavar
 dando la vida su mancha.
 Salió por una calleja
 á la cuesta del Alcázar
 donde se vió detenida
 por una barrera humana
 que sin cesar, «viva el Rey»,
 con entusiasmo gritaba.
 Por encima de la gente
 miró, solemne y pausada,
 avanzar sobre un caballo
 una figura gallarda,
 y adivinando quién era,
 corrió á su encuentro, y postrada
 de hinojos ante el caballo,
 arrancó un grito del alma
 diciendo: «Señor, justicia»;
 y sorprendido el Monarca,
 ante el dolor de la hermosa
 detuvo un punto su marcha;

escuchó atento sus quejas
 y le dijo: —Mujer, calma
 tus penas y ven conmigo
 que haré justicia á tu causa.—
 Poco después se veían
 en una lujosa estancia
 del Alcázar, al buen Rey
 que despacio compulsaba
 la letra de unas esquelas;
 al Alguacil entre guardias,
 y á Leonor con sus dos hijos
 que en silencio se besaban.
 Vistas las pruebas, el Rey
 dictó sentencia, y el hacha
 del verdugo cortó al punto
 del culpable la garganta.
 Luego la horrible cabeza
 del Alguacil, colocada
 sobre un plato de madera,
 se expuso en calles y plazas,
 y para dejar memoria
 en la ciudad toledana
 del crimen y del castigo,
 dispuso el Rey que, á la entrada,
 sobre la Puerta del Sol,
 un grabado se fijara
 en piedra, y él atestigua
 que esta leyenda es exacta.
 También dispuso, admirado
 de las infantiles gracias
 y hermosura de los niños,
 cambiar el nombre que usaba

la calle donde nacieron,
y desde aquel tiempo data
el de los NIÑOS HERMOSOS,
como hoy la calle se llama.



Rafael de León.

I

—De aquí la verás mejor:
contempla con qué primor
ese manto peregrino
se plega al cuerpo divino
de la *Virgen del Amor*.
Mira qué soplo de vida
por toda su faz riela:
cuando la vi concluida,
el alma á sus pies rendida
exclamé: *Maris Stella*.
Mas, ¿cómo tal perfección
mi mano diera á su talla,

esposa del corazón,
 sin la dulce inspiración
 que mi cincel en ti halla?—
 Así en su taller un día
 á su esposa le decía
 un escultor toledano
 mientras le mostraba ufano
 una imagen de María.
 Y ella, que el realismo amaba,
 y aquel prodigio del arte
 á comprender no llegaba,
 disimulando, fijaba
 los ojos en otra parte.
 Sin cuidarse, al parecer,
 de los que cerca tenía
 trabajaba en el taller
 un mancebo, que atraía
 la atención de la mujer;
 sevillana sensual
 que encontraba preferible
 á la belleza ideal,
 la material y tangible
 de la existencia real.
 Mientras el marido hablaba,
 ella, que de su presencia
 apenas si se cuidaba,
 con el mancebo cambiaba
 miradas de inteligencia.
 Y tan clara la intención
 y tanta la obstinación
 fué del extraño mirar,
 que al fin llegó á despertar

las sospechas de León.
 Celos, cual lava candente,
 en su pecho sintió arder,
 y de vengarse impaciente,
 se retiró del taller
 pretextando caso urgente.
 Estuvo oculto un instante;
 volvió de improviso luego
 y pudo ver, lo bastante
 para cortar, de ira ciego,
 la existencia del amante.
 Salvó la esposa la vida
 con alas que le dió el miedo,
 y el desdichado homicida
 huyó solo de Toledo
 á tierra desconocida.
 Fué corriendo disfrazado
 varias provincias, y al fin,
 le admitió, como donado,
 el Abad de San Martín,
 de Valdeiglesias nombrado.

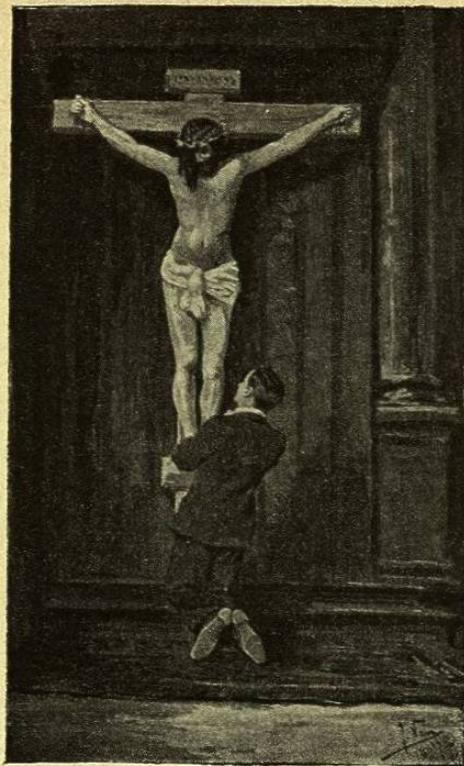
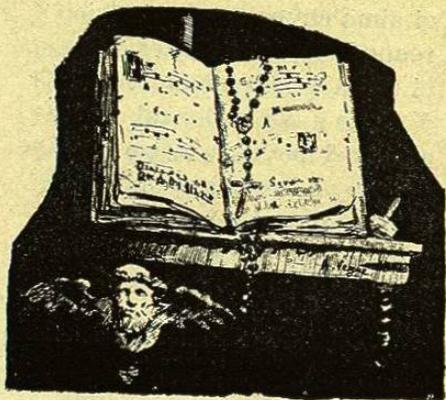
II

Tras tanto y tan grave apuro,
 en el recinto abacial,
 bajo el humilde sayal,
 se vió el escultor seguro.
 El tiempo, la penitencia,
 el trabajo y la oración

devolvieron á León
 la calma de la conciencia.
 Concedió perdón y olvido
 á la esposa delincuente
 y lloró sinceramente
 su crimen, arrepentido.
 Luego de su triste historia
 hizo al Abad largo cuento,
 y dejar quiso al convento
 de su gratitud memoria.
 Pidió preciosas maderas
 y manejando el cincel
 volvió á cruzar Rafael
 las artísticas esferas.
 Pronto la noble abadía
 absorta pudo admirar
 un primoroso ejemplar
 de soberbia sillería.
 Años tras años pasaban
 y ya del rico tesoro
 para completar el coro
 pocas sillas le faltaban,
 cuando el Abad, cierto día,
 de Toledo le contó,
 tal nueva, que le llenó
 de mortal melancolía.
 Le dijo cómo su esposa
 andaba por la ciudad
 la pública caridad
 implorando vergonzosa,
 y añadió:—Pues que sincero
 perdón la otorgaste ayer

socorrerla es tu deber;
 toma permiso y dinero.
 Corre allá; pero á ninguno
 has de descubrir quién eres;
 que, al cumplir ciertos deberes,
 el callar es oportuno.—
 Volvió á su pueblo querido,
 del Abad siguió el consejo,
 y aquel fraile, pobre y viejo,
 de nadie fué conocido.
 Buscó á su esposa, y mentira
 creyó, que penas y años
 produjeran tantos daños
 en el rostro de su Elvira.
 Darse á conocer pensó,
 mas, triunfó de su flaqueza;
 la socorrió con largueza
 y á San Martín se volvió.
 Triste, mudo y abatido,
 el alma envuelta en misterio,
 reanudó en el monasterio
 el trabajo interrumpido.
 Y tanto y con ardor tal
 al cincel movió su brazo,
 que en un brevisimo plazo
 sólo la silla abacial
 faltaba para el completo,
 cuando el Abad, nuevamente,
 llenó de sombras su mente
 con otro triste secreto.
 —Toledo llora afligida
 por una peste infecciosa,

le dijo, y sé que tu esposa
 está de la peste herida;
 tu deber allí te llama.—
 El buen artista corrió
 á Toledo, y encontró
 postrada á su Elvira en cama,
 abandonada de todos;
 lo que allí pasó se ignora,
 mas, según se cuenta ahora,
 se comentó de mil modos,
 y no sin malicia, el hecho
 de hallarse dos apestados,
 fraile y mujer, abrazados,
 muertos sobre un mismo lecho.
 Y en la ciudad toledana
 nadie en ellos supo ver,
 ni al escultor del taller,
 ni á la bella sevillana. (1)



El Cristo de la Agonía.

Guardaba con fe piadosa
 cierta toledana villa
 en vieja y pobre capilla
 una imagen milagrosa.
 Era la bella escultura
 un Cristo, cuyo semblante